



IAA

EL PAPA FRANCISCO Y LA POBREZA

Por Samuel Gregg¹

26 de noviembre de 2013

Fuente: *National Review*

<http://www.nationalreview.com/corner/365004/pope-francis-and-poverty-samuel-gregg>

Si hay alguien que en el mundo actual encarna la alegría del Evangelio cristiano es Jorge Mario Bergoglio. Y la alegría manifestada por abrazar y vivir la verdadera fe en Cristo y Su Iglesia (en lugar del vacío sentimentalismo que suele confundirse con el amor actualmente) impregna desde el inicio hasta el final la nueva –y un tanto larga– “exhortación apostólica” del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*. Al leer el texto uno puede experimentar en un sentido profundo el efecto transformador para la vida que debería ser la fe en Cristo.

Evangelii Gaudium es en muchos sentidos un documento hermoso. El énfasis en la importancia que tiene la persona más olvidada de la Santísima Trinidad –el Espíritu Santo– en la vida de la Iglesia es especialmente inspirador. Luego están los comentarios de alcance más práctico acerca de *cómo* revitalizar algunos aspectos de la acción evangelizadora de la Iglesia que llevan largo tiempo en letargo (como es el caso de las homilias casi vacías de contenido que de modo rutinario deben soportar muchos católicos en los países de Occidente). También útiles para la reflexión teológica, y que sirven a modo de agenda para una reforma interna, son los comentarios de Francisco respecto de cómo desarrollar un mayor grado de colegialidad entre Roma y lo que los católicos llaman las iglesias locales.

A pesar de todo esto, sin embargo, importantes secciones de la *Evangelii Gaudium* pueden parecer para muchos católicos, de fuerza argumental menos convincente. Para ser francos (cosa que el mismo Francisco siempre nos anima a ser), un número de afirmaciones expresadas en este documento, e ideas asumidas de modo subyacente a esas afirmaciones son bastante más cuestionables.

Algunos, por ejemplo, van a destacar la observación del Papa de que “el verdadero Islam y una adecuada interpretación del Corán se oponen a toda violencia” (253). Como ha escrito uno de los comentaristas católicos de mayor autoridad en el tema del Islam, el compañero jesuita del Papa Francisco, Samir Khalil Samir (que no es justamente un antimusulmán rabioso), en su obra *111 Questions on Islam* (2002), los occidentales que creen que grupos como los Talibanes actúan de un modo opuesto al verdadero espíritu del Islam “usualmente saben poco acerca del Islam”. En la visión del jesuita nacido en Egipto, “a nivel socio-histórico, desde el Corán en adelante, la *jihad*

¹ Director de investigación del [Acton Institute](#) y autor, entre otros títulos de [Becoming Europe](#) y [Tea Party Catholic](#).



IAA

tiene un significado inequívoco. Se trata de la lucha (*war*) musulmana en el nombre de Dios para defender el Islam”. Posteriormente, en el mismo libro, el Padre Samir subraya que, junto a una línea de tradición en el Islam de tolerancia limitada hacia los judíos y los cristianos (los politeístas y los ateos no gozarían de esta tolerancia), existe otra tradición igualmente válida que “prefiere los versos” en el Corán y en la *Sunna* “que fomentan la violencia”. Ambas líneas interpretativas, añade el sacerdote que vive en Beirut, constituyen lecturas musulmanas legítimas de la visión que tiene el Islam sobre el uso de la violencia. Por lo tanto, existe un problema entre nosotros (los cristianos) y el Islam.

Los especialistas en el Islam darán, sin duda, más detalles sobre estos asuntos. Mi propósito, sin embargo, es centrarme en algunas de las muchas reflexiones sobre temas económicos que se vierten a lo largo de *Evangelii Gaudium* y que son, me temo, muy difíciles de defender. En algunos casos, ellas reflejan argumentos tipo muñeco de paja (*straw-man*) sobre la economía, que uno encuentra con demasiada frecuencia en algunos círculos católicos, especialmente en Europa Occidental pero también en América Latina.

Destaca, entre ellas, la condena del Papa a la “autonomía absoluta de los mercados” (202). Esto, cree firmemente, se encuentra a la raíz de muchos de nuestros problemas contemporáneos, especialmente porque se trata de algo que sirve para racionalizar la falta de interés por ayudar a los necesitados.

No obstante, si seguimos la enseñanza de *Evangelii Gaudium* (231-233) de mirar a las realidades del mundo de hoy, nos daremos cuenta rápidamente de que no existe ningún país en donde los mercados operen con “absoluta autonomía”. En la mayoría de los países de Europa Occidental, por ejemplo, los gobiernos controlan de modo ordinario un promedio de aproximadamente el 40 por ciento del PBI nacional. En muchos países en vías de desarrollo este porcentaje es aún mayor. ¿Cuánto más de la economía queremos terminar depositando directamente en manos del Estado? ¿No existe un límite mayor? John Maynard Keynes, en la correspondencia privada que mantuvo con el economista británico-australiano Colin Clark, por ejemplo, sugirió la figura del “25 por ciento (del PBI) como la proporción máxima tolerable de tributación que puede ser considerada como muy próxima a la verdad”.

Tampoco parece haber en la *Evangelii Gaudium* conciencia de lo reguladas que se encuentran la mayoría de las economías del mundo. Las leyes y regulaciones que se aplican, por ejemplo, a la vida económica en los Estados Unidos y en Europa Occidental está rápidamente aproximándose al límite de lo mensurable. La situación en los países en desarrollo no es mucho mejor. Tan extenso es el alcance y la magnitud de la regulación que, como he señalado en otro [sitio](#), está ocasionando auténticos problemas jurídicos en muchos países. El volumen de la



IAA

regulación que afecta a las economías occidentales desarrolladas es ahora tan grande que incluso buenos jueces sin ningún interés por el activismo judicial están emitiendo resoluciones *ad hoc* de naturaleza arbitraria.

Otra reflexión presente en *Evangelii Gaudium* y que merece escrutinio es la afirmación de que ciertas ideologías niegan “el derecho de control de los estados, encargados de velar por el bien común”² (56). Sin embargo, fuera del minúsculo mundo de los anarco-capitalistas (que tienen una influencia nula en las políticas públicas), esta no es la postura de quienes están a favor del libre mercado en la actualidad (por no mencionar a los defensores del pasado como Adam Smith). Una cosa es ser escéptico respecto de la eficacia de las distintas formas de intervención gubernamental en la economía y otra muy distinta rechazar cualquier tipo de regulación.

Junto a estos comentarios encontramos la crítica de Francisco a aquellos que “todavía defienden las teorías del «derrame», que suponen que todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo”. Esta opinión, agrega el Papa, “que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante” (54). De manera más general, el Papa señala que “ya no podemos confiar en las fuerzas ciegas y en la mano invisible del mercado” (204).

Hay varios problemas con este tipo de razonamiento. En primer lugar, la apertura de los mercados en todo el mundo de hecho *ha* ayudado a reducir la pobreza en muchas naciones en vías de desarrollo. El este asiático es un testimonio vivo de esta realidad –un testimonio frecuentemente olvidado por muchos católicos de Europa occidental (quienes más bien tienden a quejarse, de un modo bastante autoreferencial, de la competencia que ello crea para las protegidas corporaciones europeas y otros destinatarios del bienestar corporativo) y una realidad respecto de la que muchos católicos de Latinoamérica no tienen absolutamente nada que decir.

En segundo lugar, la idea de que la libertad económica y el libre comercio sirven de por sí para reducir la pobreza *nunca* ha sido un argumento empleado por la mayoría de quienes están a favor del mercado. Es cierto que se trata de elementos que son imprescindibles (nótese el fracaso que han tenido las economías de planificación central en el intento de solucionar el problema de la escasez), pero no resultan suficientes. Se necesitan igualmente gobiernos estables que provean la infraestructura necesaria, acuerdos de propiedad transparentes que permitan identificar

² Nótese la ausencia en la versión española de lo que en la traducción inglesa de la exhortación se indica como “any form” – “cualquier forma de” (control): “reject the right of states, charged with vigilance for the common good, to exercise any form of control” (*Evangelii Gaudium*, nº 56).



IAA

claramente quién es dueño de qué y, especialmente, el Estado de derecho (*rule of law*) como elementos esenciales.

No hace falta decir que el Estado de derecho (no mencionado ni siquiera una vez en la *Evangelii Gaudium*) es, por decirlo suavemente, un “desafío” para la mayoría de los países en desarrollo. La ausencia de un Estado de derecho no sólo es uno de los más grandes obstáculos para la capacidad que estos países tienen de generar bienestar sobre una base sostenible sino que también daña la capacidad de estos países para abordar los problemas económicos siguiendo criterios de justicia. Lo que uno encuentra, en cambio, es el *capitalismo prebendario* (*crony capitalism*), un proteccionismo rampante y la corrupción que se ha convertido en un auténtico modo de vida en África y Sudamérica.

Lejos de insistir en que la mano invisible (metáfora introducida por A. Smith que merece una discusión aparte) es suficiente, muchos intelectuales que apoyan el libre mercado han subrayado durante varias décadas la importancia vital que tienen los *valores* y las *instituciones* a la hora de explicar las causas del crecimiento y del fracaso económico. Premios Nobel de economía, como Edmund Phelps y Douglas North han profundizado nuestro conocimiento acerca de cómo los valores, las expectativas, las creencias, las reglas y los protocolos informales que definen una cultura económica concreta sirven para determinar (1) si un país puede romper las cadenas de la pobreza, o (2) si pasa de una situación de riqueza y bienestar a una decadencia aparentemente perpetua (el país natal del Papa Francisco, la Argentina exhibe la nota más alta en este tipo de decadencia), o (3) si simplemente cae en un estado de prolongado estancamiento, como es el caso de Japón durante los años ‘90 y la primera década del siglo XXI, o una gran parte de Europa Occidental en la actualidad.

Por último, se aborda el tema de la redistribución. En muchos lugares el Papa Francisco hace un llamado a una distribución más equitativa de los recursos tanto en el seno mismo de una sociedad como entre sociedades diversas. En este sentido, por ejemplo, cita a los obispos de Brasil para señalar que “el hambre se debe a la mala distribución de los bienes y de la renta” (191).

El catolicismo siempre ha puesto el acento en que la propiedad privada no es un derecho absoluto. También ha afirmado desde siempre que el estado tiene un papel que cumplir en asegurar una distribución más justa de la riqueza. A esto, Francisco añade que algunas personas en la actualidad encuentran cualquier mención a la distribución de los bienes como algo “molesto” (203).

Personalmente, no creo que las discusiones sobre la distribución de la riqueza sean molestas en absoluto. Los católicos, otras confesiones cristinas, y las demás personas de buena



IAA

voluntad deberían, desde mi punto de vista, introducirse con entusiasmo en este tipo de debates. Porque es justamente mediante este tipo de conversaciones que se puede señalar que –tal como *Evangelii Gaudium* parece, desgraciadamente, no tener en cuenta– muchos métodos para paliar la pobreza que requieren apelar a la redistribución (como es el caso de la ayuda extranjera, por ejemplo) están cada vez más desacreditados. Tal como el economista e historiador de la Reserva Federal Allan Meltzer ha [dicho](#), una de las lecciones económicas más importantes del siglo XX es la de que la “transferencia, la ayuda y la redistribución hicieron muy poco por mejorar las condiciones de vida en Asia, Latinoamérica y África”. En otras palabras, las políticas actualmente al uso de redistribución de la riqueza que frecuentemente son asumidas como mecanismos indispensables para combatir la pobreza han *fracasado* en el intento por lograr este objetivo. Por lo tanto, a todos los católicos nos corresponde, si en verdad queremos comprometernos en una conversación seria acerca de la riqueza y la pobreza en el mundo moderno, preguntarnos *por qué* estas estrategias han fallado.

Mis comentarios críticos de ninguna manera pretenden sugerir que todas las observaciones del Santo Padre acerca de la vida económica son ingenuas o que son equivocadas. Como sucede frecuentemente, hay muchas ideas en el documento que sonarán conocidas a quienes están a favor de la libre empresa y el libre mercado. El Papa señala, por ejemplo, que los planes de asistencia deberían ser “respuestas pasajeras” (202) y advierte contra el “mero asistencialismo” (204). *Evangelii Gaudium* ensalza el trabajo “libre” y “creativo” (192). Francisco también afirma que la empresarialidad “es una noble vocación” que sirve “verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes del mundo” (203).

Del mismo modo, el Papa advierte con toda razón, por ejemplo, de la tendencia presente incluso en muchos cristianos de dejarse seducir por una cultura de la prosperidad, tomándola como un fin en sí misma. En su propio estilo de vida, el Papa Francisco es desde hace mucho tiempo una crítica viviente del modo de vida de aquellos que piensan que la salvación se encuentra en la posesión, el uso y la acumulación de bienes materiales. Igualmente importante es en *Evangelii Gaudium* la referencia al modo en que “la deuda y sus intereses alejan a los países de las posibilidades viables de su economía y a los ciudadanos de su poder adquisitivo real” (56).

Por estas razones, y algunas otras observaciones, resulta difícil luego de leer la *Evangelii Gaudium* no quedarse con una sensación de que demasiadas nociones propias del pensamiento económico han sido asumidas de modo no muy cuidadoso y han quedado plasmadas en el documento. De hecho, hacia el final de la parte del documento en donde se ofrecen las observaciones de índole económica más directas, el Papa parece darse cuenta de que sus ideas acerca de la pobreza y la economía podrían generar ciertas críticas: “Si alguien se siente ofendido



IAA

por mis palabras”, afirma Francisco “le digo que las expreso con afecto y con la mejor de las intenciones, lejos de cualquier interés personal o ideología política” (208). Al contrario, Francisco señala que su preocupación consiste en que las personas no sucumban al tipo de individualismo cerrado sobre sí mismo que genera injusticia y, en última instancia, mata el alma.

Por mi parte, no me ofendo por los comentarios que ofrece la *Evangelii Gaudium* sobre la pobreza y la economía. De hecho, admiro la determinación del Papa Francisco por no perder de vista la miseria material en la que siguen viviendo demasiadas personas en la actualidad. Sus palabras son además un poderoso recordatorio de que el mandamiento de Cristo de amar a los pobres es algo que resulta *no negociable* para cualquier cristiano que se precie de serlo.

Sin embargo, como el mismo Francisco escribe, “la idea desconectada de la realidad origina idealismos” (232). Y es justamente una mejor atención a las realidades concretas de la vida económica lo que está ausente en el análisis de la riqueza y la pobreza que ofrece la *Evangelii Gaudium*. Si en verdad queremos que “la dignidad de cada persona humana y el bien común” sean algo más que un “mero apéndice” en la búsqueda del “verdadero desarrollo integral” (203), entonces, una aproximación más rigurosa a la parte económica de la verdad *que nos hace libres* puede ser un buen punto de partida.

Todo el mundo se beneficiaría de esto –especialmente aquellos que padecen el drama de la pobreza.

Nota: La traducción del artículo original “[Pope Francis and Poverty](#)” publicado por [National Review](#), el 26 de noviembre de 2013 es de [Mario Šilar](#) del [Instituto Acton Argentina](#) para el [Acton Institute](#).